Una historia que no
deberÍa ser contada

ÍNDICE:

1. Indicio I – El Tiempo Según Mis Días

2. Indicio II – Nadie vendrá a salvarte

3. Indicio III – Corta la Raíz

4. Indicio IV – No te lastimes

5. Indicio V – desprendiendo de las creencias familiares

6. Indicio VI – La eterna espera

7. Indicio VII – No somos distintos, ni especiales.

8. Indicio VIII – No tengas miedo al silencio

9. Indicio IX – Frases sobrevaloradas

10. Indicio X – un solo gesto de amor

11. Indicio XI – La pregunta

12. Indicio XII – Culpables o víctimas ?

13. Indicio XIII – No me abandones

14. Indicio XIV – No quiero Vaciarme

15. Indicio XV – Lo que aún queda por vivir

16. Indicio XVI – mi versión más mala

17. Indicio XVII- No te enojes con Dios

18. Indicio XVIII- No lo dejes pasar

19. Indicio XIX- capullo - la prisa de florecer

20. Indicio XX: la prisa de ser grande

21.Indicio XXI: La taza de café que nunca llegó

22. indicio XXII- Epílogo

23- créditos y autores ISBN

La Taza de Café que Nunca Llegó

Relatos de una espera interminable

¿Qué hay detrás de una taza de café que nunca llega?
Una infancia que pesa, un silencio que grita y un amor que se vuelve pregunta.

Este libro es una travesía por la voz de quien aprendió a caminar sobre el barro emocional, entre recuerdos rotos, vínculos fracturados y la necesidad urgente de amar y ser vista. No es una novela de ficción: es una bitácora emocional cruda, un testimonio íntimo que, quizás, también sea el tuyo.

Cada indicio es una grieta por la que se cuela la luz. Porque sanar también es escribir, y compartir es una forma de dejar de esperar en soledad.

Una obra para quienes han sentido el abandono, la duda y el dolor,
pero también la fuerza de seguir.

"Está escrito desde la danza, desde la piel, desde lo que no se dice, desde lo que se siente y no se puede explicar; desde lo más humano

y desde el cuerpo que es y está.

Desde la risa, desde el llanto,

desde las palabras que acarician y las que duelen.

Desde lo que soy y lo que he sido,

desde mis pasados y mis presentes,

desde mis futuros y mis sueños.

Desde la espera que se volvió arte,

desde el arte que se volvió vida

Introducción

No sé si es una historia que tiene que ser contada.Tal vez solo es la autopsia de una vida que aprendió a sobrevivir.

Estas páginas no tienen moralejas.Traen golpes.Traen preguntas que nunca tuvieron respuesta.Traen recuerdos que jamás pidieron permiso para quedarse.

Escribo porque el cuerpo, a veces, no aguanta tanto silencio.

Escribo porque aprendí que nadie viene a salvarte. Escribo porque entendí que algunos amores matan y otros simplemente no existen.

Si llegaste hasta acá, acá la vida se cuenta como es: cruda, imperfecta y real.

Este libro no busca respuestas absolutas ni ofrecer fórmulas mágicas para el dolor, pero sí intenta caminar de la mano con quien lo lea, recordando que no está solo.

Aquí se escriben relatos que no siempre tuvieron voz; pensamientos que quedaron atrapados entre la garganta y el silencio. Historias de esperas, heridas y supervivencias que aún sangran con tinta.

No hay pretensión de héroes ni de mártires,sólo la necesidad de ponerle palabras a lo que muchas veces fue llanto o vacío.

Cada indicio de este libro nace desde la vulnerabilidad,pero también desde la fuerza

invisible que sostiene a quienes siguen de pie sin saber cómo.

Este viaje empieza sin prometer finales felices,pero con la esperanza de que, en alguna línea, en algún rincón, encuentres algo que te abrace desde estas páginas.

PRÓLOGO:

Dicen que el tiempo cura. Mentira.
El tiempo solo enseña a callar, a caminar con las cicatrices escondidas bajo la ropa y a disimular las lágrimas detrás de una sonrisa.

Uno aprende a vivir con los vacíos, a convivir con los recuerdos, a sostenerse cuando ya no hay nadie que lo haga.

—No rías tanto, algo malo va a pasar.
Me lo dijeron cuando era niña, y desde entonces cada carcajada fue una advertencia.

Es curioso cómo una frase puede quedarse a vivir en uno, como si fuera un presagio, como si fuera una sombra que siempre te acompaña.

Este no es un libro de finales felices, tampoco es una historia sobre héroes.
Es solo un lugar donde las palabras descansan cuando el alma ya no puede cargar con ellas.

Y si alguna vez te quedaste esperando una taza de café que nunca llegó, quizás —sin querer— también seas parte de esta historia.

INDICIO I: EL TIEMPO SEGÚN MIS DÍAS

A mi corta —o tal vez larga— edad, todo depende del momento.
El tiempo se vuelve breve en esos días en los que me siento con ánimos, eufórica, imaginando todo lo que todavía quiero cambiar: el tiempo que necesito para empezar a quererme y el que me queda para seguir bailando.

Pero también existe el otro tiempo.
Ese que no avisa.
El que se vuelve interminable cuando algo roza mi mente y me arrastra a un laberinto de imágenes que se superponen y entran sin permiso.

Algunos lo llamarían “los malditos recuerdos”.

Esos que logran derribarlo todo con una sola palabra, con una escena, con una frase escuchada en cualquier lugar.

Una niña frágil, en busca de cariño... que termina siendo lastimada.

Y todo vuelve.

Siempre vuelve.

A veces incluso en los momentos más simples —como cuando tomo un mate y, por un segundo, logro sentir el presente—.

Pero no dura.

Los recuerdos entran en mí como un demonio que no pide permiso, que avanza, que ocupa todo.

Mi cuerpo sigue.

Se mueve.

Funciona.

Pero mi mente ya no está ahí.

Viaja a ese lugar oscuro que me arrastra, que me apaga, que me deja sin ganas de vivir.

Entonces respiro.

Como puedo.

Y en ese intento mínimo de sostenerme, apenas logró decir:

—Estoy cansada.

INDICIO II: NADIE VENDRÁ A SALVARTE

A veces la vida es brutalmente simple.
O te salvás...
o no te salva nadie.

Eso lo aprendí a los once años.

Venía caminando hacia mi casa. Había ido al catecismo.
A una cuadra de llegar, me crucé con mi hermana, la del medio. Venía con sus dos hijos. Tenía apenas diecinueve años.

La miré y vi que estaba llorando.

Le pregunté qué le pasaba, si estaba bien.

Me miró, intentando sostenerse, y me dijo:

—Sí... Está todo bien. Solo discutí.

Lo repitió varias veces, como si quisiera convencerme más a mí que a ella.

—Andá a la casa —me dijo.
Seguí caminando con una angustia que no sabía explicar.

Ese día había mucho viento.
Tal vez por eso, cada vez que sopla fuerte, siento que algo de ese día vuelve a mí.

Como si el tiempo se abriera y me empujara de nuevo hacia ese momento.

Yo no la salvé.

Y nadie la salvó.

Esa noche se suicidó.

Desde entonces entendí algo que nunca quise aprender:

Hay dolores que llegan demasiado temprano.

Y cuando llegan, se quedan.

Se instalan en el cuerpo como una marca invisible que ya no se va.

No puedo enojarme con ella.

Por todo lo que vivió.
Por todo lo que soportó.

Era de esas personas que escuchaban a los demás.De esas que preguntaban cómo estabas y te hacían sentir importante.

Pero a ella nadie la escuchó.
Y nadie le generó confianza.

INDICIO III: CORTÁ LA RAÍZ

No esperes tocar fondo para aprender.
No le regales a la vida más dolor del necesario.

Eso fue lo que le dije a mi sobrino.

Estaba tirado en el suelo, llorando, con apenas dieciséis años.
Queriendo llevarse el mundo por delante, pero con una mirada que pedía ayuda.
Que pedía ser salvado.

Y aun así, le dije:

—No.
Solo vos podés salvarte.

Estamos acá, sí... pero no podemos hacerlo por vos.

Saná tu corazón.

Perdoná, pero hacelo por vos.
No vivas con tanto rencor, porque te está matando.

Y si alguna vez sentís que querés matarte...

entonces matá a ese hombre que vive en tu mente.

Ese que repite la historia.
Ese que arrastra lo mismo que hicieron con vos.
Ese que habla con la voz del abandono.

A ese... matalo.

Pero quédate con el que puede construir algo distinto.
Con el que todavía tiene una oportunidad.

No podés esperar que algo cambie si seguís cargando lo mismo.

Y tampoco podés borrar lo que pasó.

Los recuerdos van a estar.
Van a volver.

A veces como un golpe.
A veces como un susurro.

Pero eso es solo una parte de vos.

No sos vos.
Entonces aparece la pregunta que nadie sabe responder:

¿Cómo se le explica a un niño que sus padres lo amaron... después de todo lo que vivió?
¿Cómo se le dice eso sin mentir?

Cortá la raíz.

Antes de que crezca torcida.
Antes de que se repita.

INDICIO IV: NO TE LASTIMES

A veces creemos que somos el centro de todas las desilusiones.

Que todo lo que nos duele a nuestro alrededor, de alguna forma, tiene que ver con nosotros.

Y entonces cargamos con culpas que no nos pertenecen.

Nos acostumbramos tanto al dolor,
que cuando aparece un momento de calma... dudamos.

Desconfiamos.

Como si la paz fuera una trampa.

Y en ese punto aparece el peor enemigo:

nosotros mismos.

Nadie nos enseñó a querernos.
Nadie nos enseñó a tratarnos con respeto.

No existe una escuela que te prepare para sobrevivir al dolor sin romperte.

No hay manual para estar en paz con uno mismo.

Ni para entender que también tenemos derecho a la ternura,
al silencio,

a la calma.

A no lastimarnos más.

A veces no es el mundo el que duele.

A veces somos nosotros repitiendo lo que aprendimos.

Pero eso también se puede frenar.

No tenés que convertirte en aquello que te hirió.

INDICIO V: DESPRENDIENDO DE LAS CREENCIAS DEL AMOR FAMILIAR

Aceptar que no siempre somos amados del cómo amamos... duele.

Duele más de lo que muchos están dispuestos a admitir.

Es como ser hijo de nadie.

A mí me costó entenderlo.

Pero llega un momento —cuando crecemos— en el que la vida se vuelve una elección.

Una elección incómoda...

O te destruís a vos mismo...
o empezás a hacer algo distinto con lo que te hicieron.

Podés quedarte repitiendo la historia, castigándose, enfermándose,
cargando con lo que no fue tu culpa.

O podés mirar todo eso de frente... y decidir no continuarla.

Pero no es fácil.

Porque aparecen las voces.

Siempre aparecen.

“Es tu papá, tenés que amarlo como es.”
“Las madres aman a sus hijos más que a nada.”
“Si está con vos, es porque te elige.”
“Los hermanos se pelean, pero se aman.”
“No hay amor más grande que el de una abuela.”

Y vos escuchás todo eso...
y no te reconoces en nada.

Entonces te preguntás:

¿Cómo hago para creer en algo que no viví?
¿Cómo me miento para encajar?
¿Cómo hago para sentir un amor que nunca estuvo?

Y en esa búsqueda, das.

Das más de lo que tenés.
Das esperando que esta vez sea distinto.

Hasta que te vacías.

Y aun así... no alcanza.

Ahí es donde entendés algo que nadie te dice:
no podés seguir lastimando tu propio cuerpo por lo que otros no supieron darte.
Tu cuerpo debería ser un lugar seguro.
Al menos para vos.

INDICIO VI: LA ETERNA ESPERA

Desde muy chica aprendí a esperar.

Esperar un mensaje.
Una llamada.
Un gesto.

Algo.

Esperaba en cada cumpleaños que mi papá se acordara de mí.
Que, por una vez, no se olvidará.

Pero siempre lo hacía.

Y aun así... cada año volvía a esperar.

Intentaba no pensar en su cumpleaños, como una forma de devolverle el olvido.
Pero no podía.

Siempre lo recordaba.

Y entonces me hacía la misma pregunta:

¿Quién ama más?
¿Yo... o él?

También esperaba en los actos del colegio.

Cuando actuaba.
Cuando recibía algo.

Me esforzaba por ser la mejor.
Por destacar.
Por hacerme ver...

Como si eso pudiera alcanzar.

Pero nunca hubo una mirada dirigida hacia mí.

No había sonrisa.
Ni complicidad.
Ni un gesto desde lejos.

Nadie repitió conmigo lo que había ensayado.

Nadie emocionado.

Nada.

Y aun así... seguí esperando.

Tal vez por eso elegí ser artista.

Porque, de alguna forma, quería ser mirada.

Quería existir para alguien.

(Después lo entendería mejor.)

Es curioso.

Digo que no hay que esperar nada de nadie...

y sin embargo, sigo esperando.

Sigo buscando.

Sigo leyendo.

Somos así.

Aprendemos a los golpes.

Pero algo cambió...

Hoy, mientras intento amarme...

ya no espero de los demás.
Empiezo a esperarme a mí.

INDICIO VII: NO SOMOS DISTINTOS, NI ESPECIALES

Durante mucho tiempo creí que todo tenía un sentido.

Que el dolor que atravesaba,
que todo lo que estaba viviendo,
de alguna manera iba a ser compensado.

Que la vida, en algún momento, iba a devolverme algo.

Que iba a haber una recompensa.

Era la única forma de sostenerme.

Pensar que, cuando todo pasara, algo bueno me estaría esperando.

Que crecer iba a arreglarlo.

Que la vida, más adelante, iba a ser distinta.
Más liviana.
Más justa.

Hoy, si pudiera abrazar a esa niña, le diría la verdad.

Aunque duela.

—No sos especial.

Y no porque no valgas...

sino porque la vida no funciona así.

No hay premios por haber sufrido.

No hay algo esperándote al final para compensar lo que te pasó.

Simplemente... te tocó.

Te tocó vivir eso.

Y no hay explicación que alcance.

No hay sentido que lo justifique.

No eras la elegida para algo bueno.

Eres una más.

Una niña atravesada por una historia que no eligió.

Y cuando creces, tampoco aparece nada mágico.

No llega la recompensa.

No llega el alivio prometido.

Llega la realidad.

Esa que no tiene adornos.

Esa que te obliga a entender que nadie te debe nada.

Que la vida no está en deuda con vos.

Y que no existe un plan especial guardado para compensarte.

Solo hay una vida.

Y es esta.

Con todo lo que trae.

Entonces la pregunta cambia:

¿Seguimos esperando que algo bueno compense todo lo vivido?

¿O dejemos de mentirnos... y empezamos a vivir con lo que hay?

INDICIO VIII: NO LE TENGAS MIEDO AL SILENCIO

Vivimos en un mundo que insiste en que hay que hablar.

"Expresá lo que sentís."
"Decí lo que te pasa."
"No te guardes nada."
"El silencio hace mal."

Suena bien.

Funciona... para algunos.

Pero no es para todos.

No es para quienes aprendimos que hablar también puede doler.

Que abrirse no siempre encuentra contención.

Que decir lo que pasa por dentro, muchas veces, no cambia nada.

O incluso empeora las cosas.

Hay silencios que no son vacíos.

Son refugio.

Son la única forma de sostenerse cuando todo lo demás falla.

Porque cuando intentas explicar lo que te pasa
y del otro lado no hay escucha...

lo que vuelve es peor.

Es una incomodidad.
Es juicio.
Es indiferencia.

Y eso lastima más que callar.

Entonces aprendés.

Aprendés a guardar.

A cerrar.

A seguir.

No porque no tengas nada para decir,
sino porque entendiste que no todos saben escuchar.

Y que no todos merecen acceder a lo que te duele.

A veces el silencio no es debilidad.

Es cuidado.

Es una forma de proteger lo poco que queda intacto.

No todo tiene que ser dicho.

No todo tiene que ser compartido.

Hay cosas que se transforman en otros lenguajes.

En el cuerpo.
En el movimiento.
En el arte.
En lo que no necesitas palabras.

Tal vez no se trata de hablar o callar.

Tal vez se trata de elegir dónde.

Y con quién.

INDICIO IX: FRASES SOBREVALORADAS

Hay frases que se repiten tanto...
que terminan pareciendo verdad.

Como si por decirlas muchas veces,
automáticamente tuvieran sentido.

"Todo pasa por algo."
"El tiempo lo cura todo."
"Lo que es para vos, llega."
"Soltá y va a fluir."

Frases lindas.

Fáciles de decir.

Fáciles de compartir.

Pero difíciles de sostener cuando la realidad pesa.

Porque no todo pasa por algo.

A veces las cosas pasan... y ya.

Sin aprendizaje.
Sin sentido.
Sin recompensa.

Y no, el tiempo no lo cura todo.

Hay cosas que el tiempo no toca.

Que se quedan ahí.

Quietas.

A veces más suaves, sí...
pero nunca desaparecen.

Y no todo lo que es para vos llega.

Porque hay cosas que no llegan,
no importa cuánto esperes.

No importa cuánto lo desees.

No importa cuánto lo necesites.

Simplemente no pasa.

Y no, no todo fluye.

Hay cosas que duelen.

Que se traban.
Que incomodan.
Que no encuentran salida.

Y está bien que sea así.

Tal vez el problema no son las frases.

Tal vez el problema es creerlas como si fueran reglas.

Como si aplicara para todos.

Como si alcanzarán para explicar lo que sentimos.

Pero no alcanzan.

Porque hay dolores que no entran en frases lindas.

Ni en palabras armadas para calmar.

Entonces aprendes a dejar de repetir.

A dejar de decir lo que suena bien.
Y empezar a habitar lo que es.
Aunque no tenga forma.
Aunque no tenga sentido.

INDICIO X: UN SOLO GESTO DE AMOR

¿Y mi abuela?

¿Cómo puedo decir que no tuve una mirada cómplice?

Sí la tuve.
Pero fue breve.

Fue la de mi abuela.

Mis hermanos mayores la disfrutaron más que yo.

Pero no...

no se imaginen a la típica abuela.

No había una mesa grande,
ni toda la familia está comiendo ñoquis los días 29.

Eso lo leerán en otro libro.

Imaginen, más bien, a una mujer que luchaba con sus propios recuerdos.

Recuerdos que ya la habían consumido.

Se había vuelto alcohólica.

Y para estar con ella,
había que sacrificar el sueño.

Compartir las madrugadas.

Cada vez que despertaba, me hacía una hamburguesa.

Me encantaba.

Pero el café...
nunca lo esperes.

Nunca entendí por qué se bañaba tantas veces.

Ahora, de grande, lo sé:

para esconder el olor.

Muchas veces pensé que ya no quería vivir.

Su mirada lo decía todo.
Muy joven le detectaron cáncer de hígado.

Y ahí fue cuando algo cambió.

El miedo la invadió.

Pero también apareció esa falsa esperanza.
Esa voz que le decía que luchara...

aunque su cuerpo ya no podía.

Al poco tiempo, tuvo que rendirse.

Cuando quiso vivir, ya no pudo.

El silencio dejó de ser una opción.

Ya no podía hablar.

“No quiero irme”,
se escuchó por debajo.

Duras palabras.

Y aun así, en un susurro, apenas audible, dijo:

—Ya me tengo que ir... no quiero molestar más .

Y ahí entendí algo.

INDICIO XI: LA PREGUNTA

Mi hermano, que luchaba con todo...
¿realmente se salvó?

¿O el dolor y la violencia que vivió
lo transformaron en algo de lo que ya no se vuelve?

Mi abuela...
atrapada en sus propios recuerdos,.
¿Alguna vez se salvó?

¿O la esperanza que le vendieron
solo la sostuvo lo suficiente...
como para llegar al final?

¿Qué pasa con los que intentan salvar a otros

pero nunca logran salvarse a sí mismos?

¿Se puede salir...
cuando todo lo que se conoce es el dolor?

¿Se puede aprender a amar...
cuando lo único que se recibió fue vacío?

¿O hay vidas
que ya vienen marcadas?

¿Y si la salvación...
no es para todos?

Entonces no.

La pregunta no es si se salvaron.

Es esta:

¿Alguna vez tuvieron una oportunidad real
de vivir?

INDICIO XII: ¿CULPABLES O VÍCTIMAS?

Es una pregunta que ronda.

Ronda en mi cabeza.
Divaga con ese instinto de sobrevivir.

¿Mis padres fueron culpables de lo que nos pasó?

Mi madre...

La que trabajó tanto para sostener a cinco hijos.

¿Es la misma mujer que nos maltrataba?
¿La que golpeaba?
¿La que destruía con palabras que quedaron marcadas en el cuerpo?

¿O fue, simplemente, el resultado de su propia historia?

Una niña que, a los once años, ya tenía que trabajar para poder comer.

Criada por una madre alcohólica
que le quitaba lo poco que tenía.

Olvidada por un padre
que aparecía solo cuando la pobreza apretaba...
o cuando se acordaba de su existencia.

¿Y mi padre?

Ese que aparecía de vez en cuando.

Que a veces ni te miraba.
Que nunca preguntaba si habías comido.

¿Es culpable?

¿O es otro hijo de un hombre que tampoco supo amar?
¿Otro abandono repitiéndose?

Quizás, en su propia medida,
creyó que era un "mejor padre".

Y tal vez...
eso le alcanzaba.

No intento justificar.

Pero sí entendí algo:

lo que nos pasa de niños...
es irremediable.

No somos culpables de eso.
Pero cuando crecemos...

cada acción,
cada palabra,
cada silencio,
cada mirada cargada de dolor...

ya no es herencia.

Es elección.

Y ahí...

sí hay culpa.

INDICIO XIII: NO ME ABANDONES.

Y acá toca lo que nos mueve, y aquellos que nos preguntamos si es mejor conocerlo o jamás sentirlo.

Sí, estoy hablando del amor. El amor y el amor.
Puedo contar la parte bonita, esa en la que lo conocí desde la adolescencia , Que estamos viviendo juntos y muy independientes.

Oh qué hoy los dos decidimos ir por el mismo camino.

Crecimos juntos, vivimos situaciones a flor de piel del otro y aunque él no tenga esa mirada de la que hablamos anteriormente, la mirada perdida y la inocencia matada, puede ponerse en mi lugar.

Pero sí encontré en él una mirada cómplice, compartiendo una cena o un café.

Me aterra aferrarme a los momentos o tal vez por el miedo a seguir perdiendo, aunque se que pueda pasar y soy consciente de eso , el sentimiento es inmanejable.

INDICIO XIV: NO QUIERO VACIARME

No hablo mucho de esto.

Del amor.

No porque no exista.

Porque no sé dónde ponerlo.

Está.

Eso es lo único seguro.

Aparece en cosas chicas.

En una mesa.

En un café.

En una mirada que no incomoda.

Y alcanza.

No viene de donde vengo.

No tiene lo mismo.

No tiene esa mirada rota.

Pero no hace falta.

Sabe quedarse.

Y yo...

no sé si sé.

No es él.

Es lo que viene después.

El miedo.

Siempre el miedo.

No a perderlo.

A perder.

Porque ya pasó.

Y cuando algo empieza a estar bien...

algo adentro se prepara.

No para sostenerlo.

Para cuando se rompa.

No necesito promesas.

Ni palabras.
Ni algo eterno.

Solo esto.

Mientras dure.

INDICIO XV: LO QUE AÚN QUEDA POR VIVIR.

Es difícil no pensar en el futuro.

No preguntarse si, en los años que vendrán,
algo será distinto.

Si alguna vez me voy a poder soltar.

Olvidar.

Perdonar.

Cargo con algo que no elegí.

Una herencia que llegó antes que yo.

Un peso que se instaló...
sin permiso.

Y aparece el miedo.

¿Esto termina conmigo?

¿O sigue?

Si algún día tengo hijos...

¿también van a cargar con esto?

¿También van a aprender el dolor antes que el amor?

¿Se puede cortar algo así?

¿Se puede frenar una historia
antes de que vuelva a repetirse?

¿Puedo romper la cadena?

¿Arrancar la raíz
antes de que crezca torcida?

Y entonces aparece otra idea.

Una más simple.

Más pequeña.

¿Y si no se trata de cambiarlo todo?

¿Y si alcanza con algo mínimo?

Esperarlos.

Con una taza de café.

Esa que yo tanto esperé.

¿Será suficiente?

¿O hay cosas
que no empiezan de nuevo?

22. 06. 2021

INDICIO XVI: MI VERSIÓN MÁS MALA

Dejé de esperar.

Dejé de insistir donde no había nada.
De quedarme en lugares

que dolían más de lo que daban.

De forzarme.

De adaptarme.

De tener que hacerme más chica
para encajar.

Dejé de pedir.

De mendigar afecto.

Y entonces pasó.

Me volví “la mala”.

La que ya no está.

La que no responde.

La que se aleja.

La que no explica.

Pero no era maldad.

Era cansancio.

Era entender.

Era, por primera vez...

elegirme.

INDICIO XVII: NO TE ENOJES CON DIOS

Yo también me enojé con Dios.

Durante años.

Pensaba que todo estaba en mi contra.

Que los golpes habían llegado
antes de que pudiera hacer algo para merecerlos.

Como si estuviera pagando
por errores que no eran míos.

Y la pregunta siempre era la misma:

—¿Por qué?

—¿A mí ?

La escuché en otros.

En los que perdieron.
En los que no pudieron.
En los que siguen intentando.

Creemos que el dolor es personal.

Que nos eligió.

Pero no.

El dolor no elige.

No distingue.

No tiene preferidos.

Pasa.

Y a veces no es Dios.

Ni el destino.

Ni la vida.

A veces...

es más fácil enojarse
que aceptar.

Más fácil señalar
que hacerse cargo.

Más fácil pensar
que todo es injusto...

que preguntarse:

¿Y yo?

¿Quién soy
en todo esto?

El dolor no es un castigo.

Es parte de vivir.

INDICIO XVIII: NO LOS DEJES PASAR

Hay pensamientos que no se van.
Giran.

Vuelven.

Insisten.

Como tormentas
que nunca terminan de pasar.

A veces pienso que no quiero traer a nadie a este mundo.

No si el precio de existir
puede ser el mismo que pagué yo.

No lo soportaría.

Sé que no es mi culpa.

Sé que podría hacer algo distinto.

Romper.
Cortar.
Elegir.

Pero aun así...

es difícil habitar el presente
cuando el pasado
no deja de golpear.

No son recuerdos.

Son formas de volver.

Y todavía no sé
si alcanza con cerrar la puerta.

INDICIO XIX: CAPULLO – LA PRISA DE FLORECER

Hay quienes temen crecer.

A mí me pasó lo contrario.

Para quienes tuvimos una infancia sin ternura,
crecer no es un proceso.

Es urgente.

Es creer que, siendo grande,
la vida va a ser más justa.

Más suave.

Más tuya.

En la primaria quería la secundaria.

En la secundaria, ya estaba en otro lado.

Siempre adelante.

Siempre apurada.

Como si el tiempo pudiera salvarme.

Hoy también me pasó.

Mis pensamientos van antes que yo.

Quiero llegar.

A los 30.
A los títulos anhelados.
A algo que me diga que ya está.

Como si crecer fuera estar a salvo.

Pero no.

Y aun así...

no quiero volver.

No quiero esa infancia.
No quiero repetir lo que no fue.

Lo que nunca abrazó.

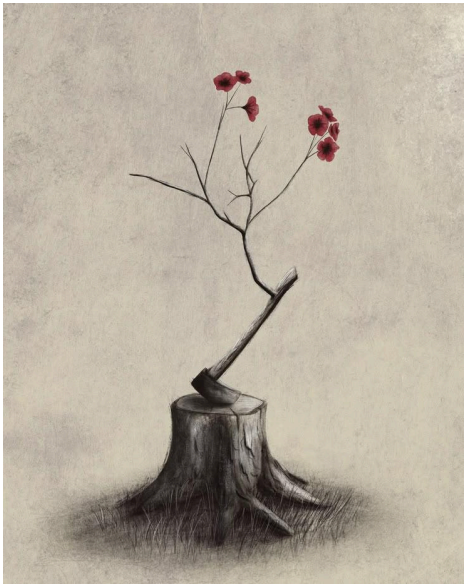
No es la vida que soñé.

Pero aprendí a sostenerme.

Y con eso...

me alcanza para seguir.
Para

florecer.



INDICIO XX: QUE EL TIEMPO PASE

La prisa por ser grande.

Quizás siempre fui un capullo apurado,
queriendo abrir sus pétalos antes de tiempo,
creyendo que el sol acaricia igual a todos,
que la adultez era el refugio.

Hoy entiendo que no hay etapa perfecta.
Momentos en solitario.
Y que, aunque no sea la vida soñada,
por fin es mía

.

INDICIO XXI: LA TAZA DE CAFÉ QUE NUNCA LLEGÓ

Llegá a casa.
Poné a calentar la pava.
Elegí una taza.
Poné un saquito de café, o de té si lo prefieres.
Endúlzalo a tu gusto, o muy amargo, si así te gusta.

Siéntate.
Respire profundamente.
Sonreí, aunque duela.

Y tómalo. Por vos.

Porque aprendí que, a veces, uno tiene que preparar ese

café solo y brindarse a sí mismo lo que tanto esperaba
de otros.

EPÍLOGO

Sé que, a lo largo de este libro, fui reflejando la búsqueda de cómo sobrellevar lo que nos pasa y cómo aceptar la vida que nos tocó. Y, aunque todo lo que mencioné en los indicios es cierto y necesario, no puedo negar que, a mí, me salvó el amor.

Cuando era niña, recuerdo que mi hermana quedó embarazada a muy corta edad de mi primera sobrina y se fue de casa. El día que volvió —en medio de un caos familiar— fue también el día en que nació esa

pequeña. Tengo grabada una imagen: ella, en la bañera, en una noche fría, rodeada de sus hermanas, con rostros marcados por la angustia y la alegría al mismo tiempo. Supimos, desde entonces, que ella sería el pilar de todas nosotras.

Poco después, mi hermana volvió a quedar embarazada. Durante esos nueve meses, yo jugaba a ponerme trapos en la panza para imitarla. Dejé de hacerlo cuando nació él: mi niño, que hoy ya es todo un hombre.

Muchas veces me pregunté si mi amor por ellos se hizo tan fuerte por la ausencia de mi hermana. Tal vez, en ellos, la sigo viendo: en sus gestos, en sus ojos, en sus silencios. Tal vez por eso, cuando decidí sanar, perdonar o elegir un camino, fue pensando en ellos.

Hoy crecieron. Me duele verlos crecer y sentir que no sé si podremos tener esas aventuras y complicidad juntos, pero sí sé que estaré para ellos siempre.
Aun así, tomamos juntos miles de mates. Y creer que Dios estaba conmigo me ayudó a ser empática, a entender que no todo es malo. Que hay momentos que sí podemos elegir. Que incluso en el dolor más profundo, existe la ternura.

Y que, muchas veces, durante mi niñez, algo —o alguien— me quiso.

SOBRE LA AUTORA

C Battaglia

Docente y creadora de relatos desde el cuerpo y la palabra.
Escribe desde la memoria, la herida, la danza y la resistencia.

La taza de café que nunca llegó es parte de su voz: una forma de nombrar lo vivido y de transformar la experiencia en palabra.

DERECHOS DE AUTOR

© 2025 Cintia Elizabeth Battaglia
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento o transmisión por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin la autorización previa y por escrito de la autora.

DATOS DE EDICIÓN

Primera edición: 2025

San Fernando del Valle de Catamarca, Argentina.

Diseño de portada: Battaglia (Corrección y edición)